

obras, su veneracion, su caridad, su riqueza y su prosperidad estarian impregnadas de un crimen; y ¿qué tranquilidad podrian darle estas cosas santas, unidas á una accion infame? Pero si llevaba á cabo el sacrificio, una idea celestial le embelleceria el potro, la cadena y el trabajo sin descanso.

Por fin se convenció de que éste era su destino; de que no debía desarreglar lo que viene arreglado de arriba, y que solo era libre para elegir: ó la virtud exterior y la abominacion interior, ó la santidad interna, unida á la infamia externa.

Removiendo estas lúgubres ideas no desfallecia su ánimo, pero se fatigaba su cerebro, y á su pesar empezaba á ocuparse de cosas indiferentes.

Las arterias de sus sienas latian con fuerza. Seguia paseando. Dieron las doce en el reloj de la parroquia y luego en el del Ayuntamiento. Contó las doce campanadas de los dos relojes; comparó el sonido de las dos campanas y recordó entonces que dias atrás habia visto en un almacen de hierro una campana vieja, que tenia grabado este nombre: *Antonio Albin de Romainville*.

Tuvo frío. Encendió la chimenea, pero no le ocurrió cerrar la ventana.

Despues volvió á caer en su estupor y le fué preciso hacer un gran esfuerzo para recordar lo que estaba pensando antes de que dieran las doce. Al fin lo recordó.

—Ah! sí, se dijo; tomé la resolucio de denunciarme.

Entonces se acordó de Fantina.

—Calla! exclamó, y esa pobre mujer?

Entonces principió para él una nueva crisis.

Al aparecer bruscamente Fantina en sus meditaciones, como rayo inesperado de luz, le pareció que todo cambiaba de aspecto á su alrededor, y dijo:

—Ah! sí. ¡Hasta ahora solo yo me he tenido en cuenta, no he atendido más que á mi conveniencia, á callar ó á denunciarme, á ocultar mi persona ó á salvar mi alma... Pero ¡Dios mio! esto no es más que egoismo. Formas diversas que toma el egoismo, pero egoismo puro en el fondo. Debe pensarse en los demás. La primera santidad es pensar en el prójimo. Olvidándome de mí, veamos lo que sucederia.—Me denunció, me prenden: ponen en libertad á Champmathieu; me envían á presidio; y despues?... Queda aquí una poblacion, fábricas, una industria, obreros, hombres, mujeres y niños,

ancianos y desvalidos. Yo he creado todo esto, yo le he dado vida: donde hay una chimenea que echa humo, he puesto yo la leña en el fuego y la comida en el puchero; á mí se me debe el bienestar, la circulacion, el crédito, que antes no existia; yo he vivificado, fecundado y enriquecido al pais. Si desaparezo, el pais muere.—Y esa mujer que ha padecido tanto, á la que el cariño maternal obligó á caer, cuya desgracia causé involuntariamente, qué será de ella? ¿Qué será de la criatura que yo queria ir á buscar, y que prometí entregársela á su madre? ¿No debo sacrificar algo á esa mujer en reparacion del daño que la he causado? Si desaparezo, morirá la madre, y Dios sabe lo que será de la hija. Todo esto sucederá si me denuncio. ¿Y si no me presento? Veamos qué es lo que sucederá.

Despues de sentada esta cuestion, paróse y estuvo vacilando y temblando un momento; pero luego, tranquilamente, se contestó á sí mismo:

—Ese hombre iria á presidio, es verdad, pero ¡qué diantre! ese hombre es un ladron. Yo me quedo como estaba en Montreuil-sur-Mer. En diez años puedo ganar diez millones de francos; los distribuyo íntegros en la poblacion, y de este modo nadie podrá decir que trabajo para mí. La prosperidad pública irá aumentando; las industrias entrarán en emulacion; las manufacturas se multiplicarán, haciendo felices á mil familias; el pais aumentará de poblacion; se crearán pueblos donde no habia más que caseríos; desaparecerá la miseria y con ella el escándalo, la prostitucion, el robo, el asesinato y todos los vicios y todos los crímenes. El pais será rico y honrado, y esa pobre madre podria educar á su hija. Estaba loco y pensaba en un absurdo cuando me decidí á denunciarme. Reflexionemos, pues, y no obremos con precipitacion. Pues qué! porque me complaciese el aparecer grande y generoso, representando un papel de melodrama; porque solo pensase en mí y en salvar de un castigo exagerado, pero justo en el fondo, á un ladron, ¿ha de perecer un pais entero, ha de morir esa mujer en el hospital y ha de quedar su hija abandonada en medio de la calle como un perro? ¡Ah, esto seria abominable! Sin que la madre haya visto á su hija, sin que la hija conozca apenas á su madre, ¿ha de suceder todo eso por un pícaro ladron, que acaso merezca el presidio por algo más que por el robo de

las manzanas? ¿De qué clase son estos escrúpulos, que salvan á un culpado sacrificando á los inocentes; que libran á un viejo vagabundo y criminal, al que le quedan pocos años de vida, inmoldando á toda una poblacion, á madres, á mujeres y á niños? La pobrecilla Cosette, que no tiene en el mundo á nadie más que á mí, estará ahora tiritando de frio en el bodegon de los Thenardier, que son unos canallas. Me debo denunciar? Debo cometer semejante tontería?—Pongamos esta solucion en el peor caso. Supongamos que obrando de este modo hago una mala accion, y que mi conciencia me reconviene algun dia por haber obrado de este modo: aceptando por el bien del prójimo la culpa que caiga sobre mí, solo comprometo mi alma; pues este sacrificio es una virtud.

Se levantó y volvió á pasear. Esta vez parecia contento.

Así como los diamantes solo se encuentran en las profundidades de la tierra, las verdades solo se encuentran en las profundidades del pensamiento. Juan Valjean creia que despues de descender á dichas profundidades, despues de haber andado á tientas en lo más espeso de la oscuridad, acababa de encontrar un diamante, esto es, una verdad que la tenia en la mano y que le deslumbraba.

—Sí, eso es! He dado en lo cierto. He encontrado la solucion. Me precisaba decidirme y ya estoy decidido. Esperemos, no retrocedamos, que así conviene, no á mi interés, sino al interés general. Me quedo siendo el señor Magdalena. ¡Desgraciado del que se llama Juan Valjean! Ese no soy yo. No conozco á ese hombre; que se arregle como pueda, que eso no me importa.

Se miró á un espejo, que estaba colocado encima de la chimenea, y dijo:

—Me consuela haber adoptado esta resolucio. Yo soy otro.

Dió algunos pasos y se paró de repente.

—No debo vacilar ante ninguna de las consecuencias de la resolucio tomada. Algunos hilos me atan todavía á Juan Valjean y es preciso romperlos. En este mismo cuarto hay objetos que me acusan, testigos mudos que deben desaparecer.

Metió la mano en el bolsillo, sacó una cartera, la abrió y tomó de dentro de ella una llavecita. Introdujo esta llave en una cerradura, cuyo agujero apenas se veia, por estar oculto en las sombras

más oscuras del papel que cubria la pared; abrió un escondrijo, un armario pequeño, colocado entre el ángulo de ésta y el cañon de la chimenea. En aquel cajon solo habia unos andrajos; un saco azul, un pantalon viejo, un morral y un garrote. Los que vieron á Juan Valjean en la época que pasó por Digne, en Octubre de 1815, reconocerian aquel traje miserable.

Lo conservaba, lo mismo que los candeleros de plata, para no olvidar nunca su punto de partida; pero ocultaba lo que procedia del presidio y dejaba á la vista los candeleros que pertenecieron al obispo.

Dirigió una mirada furtiva á la puerta, como temiendo que la abriese alguno, y luego, con rápido y brusco movimiento, sin mirar siquiera aquellos objetos que tantos años guardaba religiosamente, los cogió y los arrojó al fuego de la chimenea.

Cerró el escondrijo, y redoblando sus ya inútiles precauciones, porque quedó vacío, puso un mueble pesado para atrancar la puerta.

Al cabo de algunos segundos la habitacion y la pared de enfrente se iluminaron con resplandor rojizo y tembloroso. Todo ardia; el garrote chisporroteaba y despedia chispas hasta el medio del cuarto; al consumirse el morral con los harapos que contenia, dejó al descubierto un objeto que brillaba en la ceniza. Era una moneda de plata; sin duda la pieza de dos francos que robó al saboano.

Pero Juan Valjean no miraba al fuego, y continuaba paseando por la habitacion. De pronto se fijó en los dos candeleros de plata, que al resplandor de las llamas relucian vagamente sobre la chimenea.

—Ah! exclamó. Aun está ahí Juan Valjean. Hay que destruir eso tambien.

Cogió los dos candeleros. Habia bastante fuego para desfigurarlos y convertirlos en una barra. Se inclinó sobre la chimenea y se calentó un instante:—Qué agradable calor! dijo. Removió las brasas con uno de los candeleros.

En aquel instante le pareció oír una voz que le gritaba desde su interior:

—Juan Valjean! Juan Valjean!

Se le erizó el pelo y se quedó como el hombre que oye algo terrible.

—Completa tu obra! prosiguió diciendole la voz; destruye los candeleros! ¡Aniquila ese recuerdo! olvidate del obispo! olvídale todo! ¡Pierde á Champmathieu, y

ya que todo vá bien, regocíjate!... ¡Ya sé que estás resuelto, no hay más que hablar! Vá á ser condenado ese hombre, ese anciano, que no sabe lo que le pasa, que tal vez no ha cometido ningun delito; ese inocente, cuyo crimen consiste en que creen que lleva tu nombre y tu apellido, y vá á terminar sus dias en un presidio. Está bien. Debes aparecer como hombre honrado y respetable. Quédate siendo alcalde, enriquece al pueblo, alimenta á los indigentes, educa á los huérfanos, vive feliz, virtuoso y admirado, que entre tanto ya hay otro que vista tu chaqueta roja, que cargue con tu ignominia y que arrastre tu cadena en el presidio. Sí, todo está muy bien arreglado; pero eres un miserable!

El sudor corría por su frente. Fijó en los candeleros los ojos extraviados. La voz interior no habia terminado aun, y continuó hablando:

—Juan Valjean! Oirás á tu alrededor muchas voces que hablarán alto y con gran algarabía te bendecirán; pero habrá una sola que nadie oirá más que tú, y que te maldecirá en lo más espeso de las tinieblas. Pues bien, escucha, ¡infame! ¡Todas esas bendiciones caerán antes de llegar al cielo; solo la maldición ascenderá hasta Dios!

Esta voz, débil al principio, y que salía y se elevaba desde lo más oscuro de su conciencia, se fué haciendo por grados ruidosa y formidable, hasta el punto de escucharla por los oídos; parecía haber salido de dentro de él y que le hablaba ya desde fuera. Creyó oír sus últimas palabras con tal claridad, que recorrió el cuarto con la vista aterrorizada.

—Quién está aquí? preguntó en voz alta y azorado.

Después añadió, sonriendo como un idiota:

—Qué imbécil soy! ¡Si nadie puede entrar!... En efecto, alguien estaba allí, pero no era un sér visible á los ojos humanos.

Juan Valjean dejó los candeleros encima de la chimenea y repitió el paseo monótono, que despertó súbitamente al cajero, que dormía en la habitación de bajo. Este paseo le aliviaba y le aturdió al mismo tiempo. Parece que uno anda en las situaciones supremas como para pedir consejo á todo lo que se vá encontrando al variar de sitio. Al cabo de algunos instantes se encontró indeciso sobre su regla de conducta. Retrocedía con igual espanto ante las dos resoluciones que alternativamente habia

tomado. Las dos ideas que mantenian en lucha su pensamiento le parecian igualmente funestas. ¡La fatalidad fraguó el complot de que se le equivocara con Champmathieu! ¡Se veia precipitado precisamente por el medio que parecia haber empleado la Providencia desde el principio para tranquilizarle!

Quedóse contemplando cara á cara su porvenir, si se denunciaba, y abarcó con inmensa desesperacion todo lo que tenia que abandonar y todo lo que tenia que volver á adquirir. Le era indispensable despedirse de la existencia apacible, pura y radiante; del respeto humano, del honor, de la libertad: ya no podría pasearse por el campo, ni oír el canto de los pájaros, ni dar limosna á los niños, ni veria fijarse en él las miradas de cariño y de gratitud. Abandonaria aquella casa que él edificó y el aposento que se habia arreglado para él.

En este momento todo lo que tenia que abandonar se le presentaba con mayor embeleso: ya no leeria en sus libros, ya no escribiría en su mesa de bufete: la portera, su única criada, ya no le subiría el café por la mañana.

En vez de todo eso le esperaba el presidio, la argolla, la chaqueta roja, la cadena, la fatiga, el calabozo, el cepo y todos los horrores que ya conocia. ¡A su edad y después de haber sido considerado rico y libre! Si fuese jóven todavía!... ¡Pero ser viejo y tuteado por todo el mundo, registrado por el carcelero y apaleado por el cómitre!... ¡Meter los piés desnudos en zapatos herrados y presentar la pierna por la mañana y por la tarde al martillo de la ronda, que examina los grillos!... Sufrir la curiosidad de los extraños, á los que se les diría al presentarse: *Este es el famoso Juan Valjean, que ha sido alcalde de Montreuil-sur-Mer.* ¿Puede acaso el destino convertirse en perverso, como un sér inteligente, y llegar á ser monstruoso, como el corazón humano?

Juan Valjean caía siempre en su sombría meditacion, en el inevitable dilema que le proponía su suerte: tenia, ó que permanecer en el paraíso y ser un demonio, ó entrar en el infierno y ser un ángel.

Qué hacer, gran Dios, qué hacer?

La tormenta, de que se creyó libre después de mucho trabajo, volvía á desencadenarse contra él. Sus ideas comenzaban á embrollarse y adquirían el carácter estúpido y maquinal propio de la desesperacion. El nombre de Romainville se

le presentaba á la imaginacion, recordándole dos versos de una cancion que oyó hace muchos años, y pensaba que es Romainville un bosquecillo, cerca de Paris, donde van los amantes á coger lilas en el mes de Abril. Seguía paseando con pasos trémulos, vacilando exterior é interiormente, como niño que empieza á andar solo.

En momentos dados, luchando con su cansancio, hacia esfuerzos para ordenar la inteligencia y trataba de resolver definitivamente el fatal problema. ¿Debia callar ó denunciarse? Los ojos de su razon no veian claro; los vagos razonamientos que se sucedian en su delirio temblaban, disipándose sucesivamente y convirtiéndose en humo. Solo veía que cualquiera que fuese su resolucion, por necesidad, y sin poderlo evitar, algo habia de morir en él, ya entrase en el sepulcro por la derecha ó por la izquierda, ya pasase por la agonía de su felicidad ó por la agonía de su virtud.

La irresolucion volvió á hacerle su víctima. Nada habia adelantado; estaba como al principio. Así se debatía entre sus angustias aquella alma desventurada. Mil ochocientos años antes, el Sér misterioso que reasume todas las santidades y todos los dolores de la humanidad, mientras agitaba los olivos el viento aterrador del Infinito, apartó durante algun tiempo con la mano el horroroso cáliz que se le apareció, derramando sombras y desbordando tinieblas en las profundidades estrelladas.

IV.

Formas que toma el sufrimiento durante el sueño.

Acababan de dar las tres de la madrugada: cinco horas hacia que Juan Valjean paseaba sin descanso, cuando se dejó caer en una silla.

Se durmió y tuvo un sueño.

Su sueño, como acontece casi siempre, solo se relacionaba con su situacion por algo que no se explica, por algo funesto y doloroso, pero que le causó gran impresion. Su pesadilla le afectó tan vivamente, que después la escribió, y la encontramos entre algunos papeles que dejó escritos. Nos parece oportuno transcribirla aquí textualmente.

Cualquiera que fuese su sueño, la historia de aquella noche resultaria incompleta si lo omitiésemos. Es la sombría aventura de un alma enferma. En el so-

bre decia lo siguiente: *Sueño que tuve aquella noche.*

— “Estaba en el campo, un campo inmenso y triste, desnudo de yerba. Ni parecia ser de dia ni de noche.

“Paseaba con mi hermano, con el hermano de mi niñez, en quien no pienso nunca y á quien casi no recuerdo ya.

“Hablabamos y encontramos algunos paseantes. Nuestra conversacion versaba sobre una vecina que tuvimos, que vivía en un cuarto bajo que caía á la calle y que trabajaba siempre con la ventana abierta. Al hablar sentíamos el frío que provenia de la ventana.

“No habia árboles en el campo.

“Pasó un hombre por nuestro lado; iba completamente desnudo: era de color de ceniza y montaba un caballo de color de tierra; dicho hombre era calvo, se le veía el cráneo y en el cráneo las venas. Llevaba en la mano una varita, flexible como un sarmiento y pesada como si fuese de hierro. Pasó por nuestro lado y no nos dijo nada.

“Mi hermano me dijo después:—Vamos por el camino hondo.

“Había allí un camino hondo en el que no se veía ni un matorral, ni una yerbecilla. Todo era de color de tierra, incluso el cielo. Al cabo de algunos minutos hablé y nadie me respondió. Volví la cabeza y ví que mi hermano ya no venia conmigo.

“Ví un pueblo y entré en él; era Romainville. La primera calle la encontré desierta; pasé á otra: en la esquina de ésta habia un hombre apoyado en la pared. Le pregunté:—¿Qué pueblo es este? ¿dónde estoy? El hombre no me respondió. Ví abierta la puerta de una casa y entré.

“La primera habitacion estaba desierta; pasé á la segunda. Detrás de la puerta habia un hombre de pié apoyado en la pared. Pregunté á este hombre:—¿De quién es esta casa? ¿dónde estoy? El hombre no me respondió.

“La casa tenia jardin. Salí de la casa y entré en el jardin, que estaba desierto. Detrás del primer árbol habia un hombre de pié. Le pregunté:—¿Qué jardin es este? ¿dónde estoy? El hombre no me respondió.

“Recorrí después el pueblo y observé que era grande, pero todas las calles estaban desiertas y todas las puertas abiertas. Ningun viviente transitaba por las calles, ni se movía en las casas, ni paseaba por los jardines; pero detrás de

cada esquina, de cada puerta y de cada árbol había un hombre de pie y silencioso. No veía más que uno cada vez y todos ellos me miraban pasar.

„Salí del pueblo y eché á andar por el campo.

„Poco despues volví la cabeza y ví gran muchedumbre que venia tras de mí. Conocí á todos los hombres que habia visto en el pueblo. Tenian cabezas extrañas; parecia que andaban muy despacio y marchaban más de prisa que yo. No hacian ruido al andar y en un momento me alcanzaron y me cercaron. Los rostros de aquellos hombres eran de color de tierra.

„Entonces el primer hombre que yo ví é interrogué en el pueblo me dijo:

„—Dónde vais? ¿No sabeis que estais muerto hace mucho tiempo?

„Abrí la boca para contestar y ví que ya no habia nadie á mi lado.

Juan Valjean se despertó. Estaba helado. El viento frio de la madrugada hacia girar en sus goznes los bastidores de la vidriera, que se habia quedado abierta. El fuego estaba ya apagado, la bujía tocaba á su fin. La noche era aun oscura.

Se levantó y se asomó á la ventana. No habia estrellas en el cielo.

Desde la ventana se descubrian el patio de la casa y la calle. Un ruido seco y duro, que resonó de repente en el piso de la calle, le hizo bajar los ojos, y vió debajo de él dos estrellas rojas, cuyos rayos se alargaban y recogian caprichosamente en la oscuridad. Como su imaginacion estaba sumergida aun en la bruma de los sueños, exclamó:—Calla! No hay estrellas en el cielo; ahora están en la tierra.

Al poco rato serenóse su imaginacion, y otro ruido, semejante al primero, acabó de despertarle; miró á la calle y conoció que aquellas dos estrellas eran los faroles de un coche.

Por la claridad que salia de ellos pudo distinguir la forma del carruaje. Era un tilburi enganchado en un caballo blanco. El ruido que oyó lo producian las patadas del caballo sobre el empedrado.

—Qué carruaje es ese? se preguntó á sí mismo. ¿Quién puede venir tan temprano?

En aquel instante dieron un golpecito en la puerta de su cuarto.

Tembló de piés á cabeza y gritó con voz terrible:

—Quién es?

—Yo, señor alcalde, le respondió una voz desde fuera.

Era la portera que le llamaba.

—Qué es lo que ocurre?

—Señor alcalde, van á dar las cinco.

—Y qué me importa!

—Os está esperando el carruaje.

—Qué carruaje?

—El tilburi.

—Qué tilburi?

—¿No le hicisteis venir á las cuatro y media?

—No.

—Pues el cochero dice que viene á buscar al señor alcalde.

—Qué cochero?

—El cochero del señor Scaufflaire.

—Scaufflaire!

Este nombre estremeció á Juan Valjean, como si un relámpago le hubiese pasado por delante de la cara.

—Ah! sí, contestó en seguida.—¡El señor Scaufflaire!

Si la portera le hubiera visto en aquel instante se hubiera aterrorizado.

Al diálogo siguió un rato de silencio. Juan Valjean se puso á examinar con aire estúpido la llama de la bujía y á coger la cera derretida que habia alrededor del pábilo para hacer pelotillas con los dedos. La vieja estuvo esperando, hasta que se atrevió á levantar la voz y á decir:

—Señor alcalde, ¿qué le digo al cochero?

—Decidle que bajo al instante.

V.

Las ruedas estropeadas.

El servicio de correos entre Arras y Montreuil-sur-Mer se hacia aun en aquella época, como en tiempo del Imperio, en pequeños cabriolés de dos ruedas, forrados de cuero leonado por dentro, suspendidos en muelles y con dos asientos, uno para el conductor y otro para el viajero. Las ruedas estaban armadas con esos largos cubos ofensivos que obligan á los demás carruajes á mantenerse á cierta distancia. La maleta de la correspondencia, que era una inmensa caja oblonga, estaba colocada detrás del cabriolé, formando con él un solo cuerpo. Estaba pintada de negro y el cabriolé de amarillo.

Estos carruajes, que en nada se parecen á los del día, ofrecian un aspecto deforme y achaparrado, y cuando se les veía pasar de lejos y como arrastrándose

por alguna carretera, se parecian á esos insectos que se llaman "termitas", que con cuerpo muy pequeño arrastran un grueso apéndice posterior. Con todo, caminan con gran velocidad.

El correo salia de Arras todas las noches á la una, despues que pasaba el de Paris, y llegaba á Montreuil-sur-Mer un poco antes de las cinco de la mañana.

Aquella noche el correo, que venia por el camino de Hesdin, al volver una calle, chocó con un tilburi tirado por un caballo blanco, que llevaba direccion contraria, guiado por un hombre que iba envuelto en su capa. La rueda del tilburi sufrió un golpe bastante rudo. El correo le gritó al hombre para que parase; pero el viajero no hizo caso y continuó su camino á trote largo.

—No lleva poca prisa! exclamó el conductor del correo.

El hombre que de aquel modo corria es el que acabamos de ver debatirse en convulsiones dignas de lástima.

Dónde iba? No hubiera podido decirlo. Por qué se apresuraba tanto? No lo sabia. Sin duda iba á Arras, pero tambien podia ir á otra parte. Habia momentos en que temblaba. Se hundia en aquella noche como en un abismo. Algo le empujaba, algo le atraia. Lo que pasaba en él nadie podia explicarlo, pero todos podrán comprenderlo. ¿Qué hombre no ha entrado por lo menos una vez en su vida en la caverna de lo desconocido?

Aun no habia resuelto ni decidido nada; ningun acto de su conciencia era definitivo. Se encontraba como en el primer momento de aquella noche.

A qué iba, pues, á Arras?

Juan Valjean se repetia á sí mismo lo que se dijo al alquilar el carruaje. Que cualquiera que fuese el resultado, nada perdía en ver y juzgar por sí mismo; que era prudente y le convenia saber lo que iba á pasar; que no debia decidir sin observarlo y escudriñar; que de lejos cualquier cosa nos parece una montaña; que en último caso veria si Champmathieu era un miserable, y su conciencia encontraría el consuelo en ese caso en dejarle ir á presidio; que aunque estuviesen allí Javert, Brevet, Chenildieu y Cochepaille, sus antiguos compañeros de cadena, hoy ya no le reconocerian; que Javert ya no sospechaba de él; que todas las conjeturas y todas las suposiciones se fijaban en Champmathieu, y no hay nada tan terco como el error; que no tenia que temer ningun peligro presentándose en Arras;

que de ese momento crítico podria muy bien salir; que despues de todo tenia su suerte en la mano y era dueño de ella. Este pensamiento es el que le devolvía el ánimo.

Si hemos de decir la verdad, mejor hubiera querido no ir á Arras, y sin embargo, iba. Pensando así agujoneaba al caballo, que corria con el trote regular y sentado que hace dos leguas y media por cada hora.

A medida que el tilburi avanzaba sentia algo dentro de él que retrocedia.

Al alborar el día estaba en campo raso, y la poblacion de Montreuil-sur-Mer quedaba ya á larga distancia detrás de él. Contempló cómo blanqueaba el horizonte y cómo pasaban por delante de su vista las frias sombras de una aurora de invierno. La madrugada tiene sus espectros como la caída de la tarde: él no los veía, pero por una especie de penetracion casi física, los negros perfiles de los árboles y de las colinas aumentaban la tristeza y el estado violento de su alma.

Cada vez que pasaba por delante de una de esas casas aisladas que hay al lado de los caminos, exclamaba:

—¡Ahí dentro hay gentes que duermen!

El trote del caballo, los cascabeles del arnés y el ruido suave y monótono de las ruedas tienen su embeleso para el que está alegre y son lúgubres para el que está triste.

Era ya muy de día cuando llegó á Hesdin y se detuvo delante de una posada para que descansase el caballo y para darle un pienso.

Era el caballo, como dijo Scaufflaire, de raza boloñesa, de cabeza gruesa, vientre abultado y de poco cuello, pero de pecho abierto, lomo ancho, piernas secas y finas y pié sólido; de raza fea, pero robusto y sano. Habia corrido cinco leguas en dos horas y no se le veía ni una sola gota de sudor.

El viajero no se habia apeado. El mozo de cuadra de la posada, que traía la avena para el caballo, se bajó de repente y examinó la rueda izquierda del tilburi.

—Vais muy lejos? le preguntó.

Distraido el viajero, le interrogó á su vez:

—Por qué?

—Venís de lejos?

—De cinco leguas de aquí.

—Ah!

—Por qué decís ah?

El mozo se inclinó otra vez, permaneció un instante silencioso, fijando la vista en la rueda, y luego se enderezó, diciendo:

—No dudo que esta rueda haya corrido cinco leguas, pero es seguro que no andará ni un cuarto de legua más.

Juan Valjean se apeó del tilburi.

—Qué es lo que decís?

—Digo que es un milagro que hayais andado cinco leguas sin volcar é ir rodando hasta el foso del camino. Mirad!

En efecto, la rueda estaba muy estropeada. El choque que tuvo con el coche-correo le había partido dos rayos, destrozándole el cubo, que había perdido la matriz.

—¿Hay algún maestro de carros por aquí? preguntó el viajero al mozo de cuadra.

—Ya lo creo; sí, señor.

—Pues hacedme el favor de ir á buscarle.

—Vive á dos pasos de aquí... Eh! maestro Bourgaillard!...

La persona llamada estaba en el umbral de la puerta de su casa. Llegó, examinó la rueda é hizo el gesto que hace el cirujano que vé una pierna rota.

—¿Podeis componer esta rueda al momento?

—Sí, señor.

—Cuándo podré ponerme en marcha?

—Mañana.

—Mañana!

—Aquí hay trabajo para todo un día. Teneis mucha prisa?

—Mucha. Es preciso que salga de aquí lo más tarde dentro de una hora.

—Pues eso es imposible.

—Abonaré lo que sea menester.

—Es imposible.

—Pues bien, dentro de dos horas.

—No podreis ponerlos en camino hasta mañana, porque es preciso hacer dos rayos y un cubo nuevos.

—Mis asuntos no me permiten esperar hasta mañana. ¿Si en vez de componer esta rueda la reemplazárais con otra?...

—Cómo!

—No sois maestro carretero?

—Sí.

—¿No teneis ninguna rueda que venderme? De ese modo podría partir en seguida.

—Una rueda suelta?

—Sí.

—No tengo ninguna hecha para esta clase de carruajes. Además, que las ruedas se construyen á pares.

—Pues bien; vendedme un par de ruedas.

—Todas las ruedas no encajan en todos los ejes.

—Probad.

—Es inútil. Solo tengo para vender ruedas de carreta. Este es un país muy pobre.

—No podreis alquilarme un cabriolé?

El maestro carretero conoció á primera vista que el tilburi era alquilado, y contestó, encogiéndose de hombros:

—¡Pues bien tratáis los carruajes que os alquilan! Aunque tuviera alguno no os lo alquilaria.

—Vendédmelo, pues.

—No tengo.

—Ni un carruaje siquiera? me contento con el que tengais.

—Este es un país sin recursos. Tengo en mi cobertizo una carretela vieja, que es de un vecino de este lugar y que no la usa nunca. Os la alquilaria; ¿á mí qué más me dá? pero era preciso que no la viera pasar su dueño; además, como es carretela, necesita dos caballos.

—Tomaré dos caballos de posta.

—¿A dónde vais?

—A Arras.

—Y quereis llegar hoy?

—Sí.

—Tomando caballos de posta?

—Por qué no?

—¿Es igual que llegueis á las cuatro de la madrugada?

—No, no es igual.

—Como hay algo más que hacer al tomar los caballos de posta... ¿El señor trae el pasaporte?

—Sí.

—Pues bien; tomando caballos de posta no llegareis á Arras hasta mañana. Aquí estamos en un camino de travesía. Los relevos están mal servidos; los caballos están en los campos. Ahora es la época de la labranza; se necesitan muchos caballos y se toman de cualquier parte, aunque sean los de posta. Tendreis que esperar en cada parada tres ó cuatro horas, y además caminareis al paso, porque hay muchas cuestas que subir.

—Entonces iré á caballo. Desenganchad, y á ver si me encontrais una silla.

—Sí; pero sufre silla este caballo?

—Es verdad; me recordais que no la puede sufrir.

—Pues entonces...

—¿Encontraré aquí algún caballo de alquiler?

—Para ir á Arras de una tirada?

—Sí.

—Es preciso para eso un caballo como no los hay en esta comarca; y además, como no os conocen, tendríais que comprarlo. Pero ni alquilado ni comprado le encontraríais por quinientos ni por mil francos.

—Pues ya no sé qué hacer.

—Lo mejor, á fé de hombre honrado, es componer la rueda y dejar el viaje para mañana.

—Mañana es tarde para mí.

—Demonio!

—Creo que pasa por aquí el correo que vá á Arras; á qué hora?

—Esta noche. Los dos correos hacen el servicio de noche, el que vá y el que viene.

—¡Pero necesitais todo un día para componer esta rueda!

—Un día y trabajando mucho.

—Si se empleasen dos hombres?

—Aunque empleara diez.

—Si pudieran atarse con cuerdas los rayos...

—Los rayos sí, pero el cubo no. Además, el rodete está en muy mal estado.

—¿Hay algún alquilador de coches en el pueblo?

—No, señor.

—Hay otro maestro carpintero?

El mozo de cuadra y el maestro respondieron al mismo tiempo:

—No.

Juan Valjean sintió inmensa alegría.

Era evidente para él que la Providencia intervenia en este incidente: ella rompió la rueda y le detenia en el camino: no queriendo rendirse á la primera intimacion, acababa de hacer los esfuerzos posibles para continuar el viaje: habia agotado leal y escrupulosamente todos los medios sin retroceder ante la estacion, ni ante la fatiga, ni ante los gastos. No tenia nada que reprocharse: si no iba más lejos no consistia en él. La detencion no dependia de su voluntad, sino de la Providencia.

Respiró y respiró libremente por primera vez desde la malhadada visita del inspector Javert, pareciendo que la mano de hierro que le estaba oprimiendo el corazón acababa de soltarle. Creia que Dios acudia en su ayuda, manifestándose ostensiblemente.

Si hubiese mediado en un cuarto de la posada el diálogo que sostuvo con el maestro de carros, nadie lo hubiera oido y hubiera pasado sin testigos: este asunto estaria terminado y probablemente no tendríamos que referir los aconteci-

mientos que narraremos; pero dicho diálogo se entabló en la calle, lo que produjo un corro, como sucede siempre en semejantes casos, porque hay muchas gentes curiosas que desean ser espectadores.

Mientras Juan Valjean discutia con el maestro de carros, se pararon cerca de ellos algunos transeuntes. Un jovenzuelo, despues de oír la conversacion algunos instantes, se separó del grupo y echó á correr.

En el momento, despues de hacerse las reflexiones que acabamos de indicar, en que se decidia á no continuar el viaje, volvió el citado jovenzuelo acompañado de una vieja.

—Señor, dijo la vieja, este muchacho me ha dicho que quereis alquilar un cabriolé.

Estas sencillas palabras hicieron sudar copiosamente á Juan Valjean. Creyó ver en la oscuridad la mano que le habia soltado dispuesta á oprimirle otra vez, pero respondió:

—Sí, buena mujer, deseo alquilar un cabriolé; y añadió apresuradamente: Pero no hay ninguno en el pueblo.

—Sí que hay, le replicó la vieja.

—¿Dónde? preguntó el maestro carretero.

—En mi casa, contestó la vieja.

El viajero se estremeció. La mano fatal le asía otra vez.

Tenia en efecto la vieja, bajo un cobertizo, un cochecillo de mimbre.

El maestre de carros y el mozo de la posada, temerosos de que se les escapase el viajero, intervinieron en la conversacion, diciendo:

—Que era un horrible vehículo, que se apoyaba en el mismo eje; que los asientos estaban suspendidos con correas; que el que iba en él se mojaba; que las ruedas estaban mohosas y oxidadas, y que era una verdadera banasta.

Todo eso era cierto, pero aquel carri-coche podria muy bien ir rodando hasta Arras.

Pagó por su alquiler lo que le pidieron; dejó el tilburi en casa del maestro de carros para que lo compusiera, con la idea de recogerlo á su vuelta; hizo enganchar el caballo blanco en el carricoche, subió en él y emprendió el camino.

Al partir se confesó á sí mismo que se alegró cuando creyó que no podria continuar el viaje; pero examinándolo despues, su pasada alegría le pareció absurda. Al cabo y al fin nadie le obligaba á ir á Arras, y una vez allí, nada le sucederia si él no queria que le sucediese.

Al salir de Hesdin oyó una voz que le gritaba:

—Parad! parad!

Detuvo el carricoche con rápido movimiento.

Era el muchacho que acompañó á la vieja, que le dijo:

—Señor, yo os he proporcionado el carruaje.

—Y qué?

—Que no me habeis dado propina.

El viajero, que era espléndido para dar, halló la pretension del muchacho exorbitante y casi odiosa.

—Ah! Eres tú, buena pieza? Pues tampoco te doy ahora.

Aguijoneó el caballo y partió á trote largo. Habia perdido mucho tiempo en Hesdin y queria recuperarlo. El caballo tenia brios y tiraba bien; pero reinaba el mes de Febrero, habia llovido y los caminos estaban muy malos. Además, el carricoche era más pesado que el tilburi y habia que subir muchas cuestas.

Gastó cerca de cuatro horas para ir desde Hesdin á Saint-Pol; cuatro horas para andar cinco leguas.

En Saint-Pol hizo desenganchar en la primera posada que encontró y mandó que llevasen el caballo á la cuadra. Estuvo cerca del pesebre mientras comia el animal, como prometió al flamenco, entregado á sus tristes pensamientos.

La posadera entró en la cuadra y le preguntó:

—Vais á almorzar?

—Sí, que tengo apetito.

Siguió á la posadera, que era fresca y alegre, hasta una sala baja, en la que habia varias mesas con hule en vez de mantel.

—Despachaos, que llevo prisa y voy á partir al momento.

Una criada robusta, flamenca, le puso el cubierto en una mesa. Le sirvió despues el almuerzo; cortó el pan, comió un bocado, pero volvió á dejarlo y ya no comió más.

A un carretero, que comia en otra mesa, le preguntó:

—Por qué es tan amargo este pan?

Pero el carretero era aleman y no le comprendió.

El viajero volvió á la cuadra á buscar el caballo.

Una hora despues habia ya salido de Saint-Pol y se dirigia á Tinqes, que solo dista cinco leguas de Arras.

En qué pensaba durante el camino? Como por la mañana, miraba pasar los árboles, los techos de paja, los campos

cultivados y las fugaces perspectivas del paisaje, que cambiaba á cada recodo del camino. Esa contemplacion satisface muchas veces al alma y la dispensa de pensar. Causa cierta melancolía ver mil objetos por primera y por última vez. Viajar es nacer y morir á cada momento. Acaso Juan Valjean, en la region más vaga de su espíritu, comparaba aquellos horizontes variables con la existencia humana. Todas las cosas de la vida huyen perpétuamente delante de nosotros. Mézclanse las sombras y las claridades. Despues de un resplandor viene un eclipse: el hombre mira, corre, tiende las manos para coger lo que pasa: cada acontecimiento es un recodo del camino, y de repente envejece. Siente por fin como una sacudida; lo vé todo negro y distingue una puerta oscura; el sombrío caballo de la vida, que le arrastra, se pára, y apercibe un sér velado y desconocido que le desunce en las tinieblas.

Empezaba ya el crepúsculo de la tarde, cuando los niños que salian de la escuela vieron entrar en Tinqes al viajero. Debemos advertir que aquellos eran los dias más cortos del año. Juan Valjean no se detuvo en Tinqes.

Al salir del pueblo, un peon caminero, que estaba echando piedra en el camino, levantó la cabeza y exclamó:

—Qué fatigado está ese caballo!

En efecto, el pobre animal ya solo podia ir al paso.

—Vais á Arras? preguntó el peon.

—Sí.

—¡Pues á ese paso á buena hora llegareis!

El viajero detuvo el caballo y preguntó:

—Cuánto hay de aquí á Arras?

—Siete leguas largas.

—Cómo! ¡Si la guia de postas no marca más que cinco leguas y un cuarto!

—Ah! respondió el peon, ¿pues no sabeis que están componiendo el camino? Le encontrareis cortado á un cuarto de hora de aquí y ya no podreis pasar adelante.

—De veras!

—Pero podeis tomar por la izquierda el camino que vá á Carency, pasais el rio, y al llegar á Camblin torceis á la derecha; allí está el camino que desde Mont-Saint-Eloy vá á Arras.

—Pero será de noche y me perderé.

—No sois de este pais?

—No.

—Pues entonces me atrevo á aconsejaros que, ya que el caballo está rendido,

os debeis volver á Tinqes: en el pueblo hay una buena posada; acostaos y mañana de dia ireis á Arras.

—Tengo que estar allí esta noche.

—Eso es diferente. Entonces id á la posada y tomad un caballo de refresco. El muchacho que le guie os servirá de guia hasta la ciudad.

Siguió Juan Valjean el consejo del peon caminero; volvió atrás, y media hora despues pasó por el mismo sitio al trote largo de un buen caballo que habia agregado al suyo. Un mozo de cuadra, que se titulaba postillon, iba sentado en la delantera del carruaje.

Se habia hecho completamente de noche.

Entraron en la travesía. El camino era malísimo.

El carruaje saltaba de bache en bache.

El viajero dijo al postillon:

—Siempre al trote y doblo la propina.

De un vaiven se rompió el balancin.

—Señor, dijo el postillon, el balancin se ha roto y no sé cómo enganchar el caballo. Esta travesía es muy peligrosa de noche; si os parece nos volveremos á dormir á Tinqes y podremos estar mañana temprano en Arras.

El viajero le preguntó:

—¿Teneis un cabo de cuerda y una navaja?

—Sí, señor.

Cortó una rama de un árbol y con ella hizo un balancin.

Habian perdido diez minutos, pero luego partieron al galope.

La llanura era tenebrosa; la niebla, baja y oscura, se arrastraba por las colinas y se desprendia como si fuese humo. Habia puntos luminosos y blanquecinos en las nubes. Soplaban viento fuerte, que venia del mar, produciendo en los límites del horizonte ruido semejante al trasteo de muebles. Aterrorizaba el aspecto de la naturaleza. ¡Cuántas cosas tiemblan al impulso de los soplos de la noche!...

El frio penetraba en los huesos de Juan Valjean: no habia comido desde el dia anterior. Recordaba vagamente otro viaje nocturno por la llanura de las inmediaciones de Digne ocho años antes.

Sonó la campana de algun campanario lejano y preguntó al postillon:

—Qué hora dá?

—Las siete, señor; á las ocho estaremos en Arras. Solo nos faltan tres leguas.

En aquel momento el viajero se hizo

una reflexion que extrañó no le hubiera ocurrido antes; que acaso era inútil todo el trabajo que se tomaba, porque no sabia la hora de la vista del proceso, que debia haberse informado.

Despues calculó que ordinariamente las sesiones de los tribunales empiezan á las nueve de la mañana y que aquella vista no debia ser larga, pues reduciéndose á un simple robo de manzanas, debia ser corta; que solo se necesitaria identificar la persona, tomar cuatro ó cinco declaraciones y pronunciar algunas palabras los abogados. Quizás cuando él llegase á Arras ya todo estaria terminado.

El postillon aguijoneaba á los caballos. Habian ya pasado el rio y dejado á sus espaldas á Mont-Saint-Eloy.

La noche era cada momento más oscura.

VI.

Sor Simplicia puesta á prueba.

¡A! aquella noche Fantina la pasó muy mal. Tuvo tos fuerte y continua, gran fiebre y delirio, y cuando el médico la visitó al dia siguiente por la mañana aun seguia delirando. El doctor estaba alarmado y encargó que le avisasen en cuanto regresase el señor Magdalena.

Fantina estuvo toda la mañana triste, habló poco y se entretuvo en hacer dobles con las sábanas, haciendo cálculos en voz baja. Tenia los ojos hundidos y fijos, casi apagados, pero habia momentos en que brillaban y resplandecian como estrellas. Parece que al acercarse ciertas horas sombrías, inunda la claridad del cielo á aquellos á quienes abandona la claridad de la tierra.

Cada vez que sor Simplicia la preguntaba cómo se sentia, respondia invariablemente:

—Bien. Quisiera ver al señor Magdalena.

Algunos meses antes, cuando perdió el último resto de pudor, Fantina era la sombra de sí misma, pero ahora era su espectro. La enfermedad física completó la obra de la enfermedad moral. Á los veinticinco años tenia la frente arrugada, las mejillas marchitas, la nariz afilada, los dientes descarnados, el color plumizo, el cuello huesoso, las clavículas salientes, los miembros demacrados, y entre los rubios cabellos bastantes